



UNA SALCHICHA MUY VIVA

OTRO DESPROPÓSITO DE LA AUTORA DE
NI CONMIGO NI SIN MÍ



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Una salchicha muy viva

©NINA MININA, 2016

Diseño de portada: CHICKBOOK EDICIONES

Imágenes: Diseñadas por Freepik

Encuadernación: CHICKBOOK EDICIONES

Este libro fue registrado en el Registro de la Propiedad de Valencia el 10 de octubre de 20116

Este libro fue publicado en Amazon el 15 de octubre de 2016

ISBN-13: 978-1539448372

ISBN-10: 1539448371

*A todas las mujeres
que sonrían ante las adversidades.
A todas las mujeres que se ríen de la vida.*

PRÓLOGO

Tras el éxito de *Ni conmigo ni sin mi* (mi primera novela), un día llamé a mi amiga Teresa para pedirle que me dejara contar su alocado secuestro exprés. Ella se merecía ser la protagonista de su propia historia, y no solo una secundaria de lujo: la Joan Cusack española por excelencia. Quería que fuera un libro serio y escabroso, lleno de suspense, de esos que te mantienen en vilo todo el rato, y lo que vais a leer a continuación es lo que Teresa vivió durante su cautiverio y supuso el trampolín hacia su propia película, llamémosla romántica, ¿por qué no? Después de todo, lo fue. Aquel día también cambió su vida de un modo radical, pues ¿quién iba a pensar que terminaría enamorada hasta las trancas de su secuestrador?

Nina Minina

1

EL PUNTO DE PARTIDA

07:32, las mañanas de Teresa

Mi vida monótona hasta entonces no me hacía infeliz, pero tampoco del todo feliz, o, para ser más precisa, no me hacían feliz las mañanas de días laborales en las que José Luis se escaqueaba de toda tarea con excusas tan absurdas como quemarse los pelos de la nariz con un mechero o blanquearse los dientes con perborato.

—¡Candela, bájate de ahí, no te lo repito más! —le grité a mi hija, recogíendome el pelo con una pinza de la ropa—. ¡José Luis, ¿podrías echarme una mano? —volví a gritar.

—Estoy en el baño! —respondió mi marido con otro grito desde la otra punta del piso—. ¿Podrías venir tú? Me estoy recortando los pelos de la nariz —añadió y yo pensé: «Pues a ver si te estiras un poco y te recortas también el cerebro; que para lo que lo usas, lo mismo te da»—. Y date prisa, porque Carlos está meando tipo escanciador de sidra y lo está poniendo todo perdido.

Bramé unos cuantos improperios y me fui derecha para el otro baño arrastrando a Candela en plan mopa con el cinturón de la bata.

La escena que allí me encontré me dejó con la boca abierta: mi intrépido primogénito estaba acuclillado con los pies agarrados, tal cual águila imperial, a los dos extremos de la taza del váter, tratando de apuntar con su pequeño pitorrín al centro del sumidero; por desgracia, Carlos anda-

ba muy lejos de ser un Guillermo Tell y *solo* había conseguido hacer diana en todo el perímetro exterior del señor Roca.

—Pero ¿cómo le dejas hacer eso? —Le eché una mirada asesina al idiota de mi marido, que seguía como si nada con la delicada tarea de dejarse las fosas nasales más impecables que una cánula de hospital—. Carlos, baja de ahí, te vas a matar.

—No he *terrrrrminado* —respondió mi querubín con su marcado deje alemán. La logopedia le había funcionado a las mil maravillas, pero había pasado de no pronunciar las erres a ser un *mardito* roedor de palabras.

—¿Por qué no meas de pie como los hombres?

—No soy un *hombrrrrre*, además me da *assssco*. —No obstante, lo de ser un escrupuloso de narices era marca de nacimiento, y difícilmente tenía remedio.

Me agaché y con un trozo de papel higiénico me puse a limpiar los charquitos de orines que mi hijo había esparcido en plan aspersor por el suelo. Estaba tan concentrada en la tarea, maldiciendo en mi interior a José Luis, que no escuchaba lo que me decía Carlos. Una pena, porque de haberle prestado un poco de atención entonces le habría oído decir: «*No predo contrrrrrrolarrro*».

—¡Ayyyyy, Carlitos, quieres apuntar bien! —grité cabreada, y a qué mala hora dije nada, porque el chorro, que segundos antes había caído directo sobre mi ojo, me inundó de lleno la boca[1].

—Mami, *lo sssiento, ess que ssse ma presto durrrita* —sollozó mi niño. Tan solo seis años y ya poniendo en práctica la excusa más manida de la historia del *homo erectus*[2].

—No pasa nada, cariño —lo tranquilicé escupiendo (sin apenas repulsión) los restos de su pipi.

Me limpié la boca y el resto de la cara con la manga, luego lo cogí en brazos y lo llevé a la cocina, arrastrando de nuevo por todo al pasillo a Candela que seguía agarrada al cinturón de mi bata.

José Luis, entretanto, siguió en su mundo exclusivo de soltero sin hijos, haciendo caso omiso a que su hijo mayor me acabara de bautizar la boca con la primera lluvia dorada de mi vida, como si aquello no tuviese nada que ver con él. No me lo podía creer. Era tardísimo, yo todavía estaba sin vestir, mis hijos sin desayunar y mi esposo, al parecer, todavía no tenía los agujeros de la nariz lo suficientemente despejados. Hoy era el día que a mí me daba un algo. Verlo ahí con su cara de lelo total frente al espejo (no es que José Luis tuviera cara de lelo en posición relajada, pero sí en aquel momento de inexplicable concentración), arrancando con semejante parsimonia un pelo tras otro, fue el punto de arranque.

Looca, looca, locaaa, me vuelvo loocaaa, tooooa[3].

Cierto es que mi día a día era una locura. Una puta locura. Si no era un meado en la boca, entonces era un vómito sorpresa en un zapato o un manchurrón exprés de papilla en la blusa recién puesta, además de un jodido maratón de corridas (y no de esa clase de corridas que estás pensando). Siempre corriendo como Forrest Gump, de casa al colegio, de ahí a la escuela infantil, luego al trabajo, y vuelta empezar en sentido inverso... Madre, esposa, ama de casa, taxista y empleada por cuenta ajena. El pack completo de cualquier mujer contemporánea, lo que viene siendo una jodida esclava de su tiempo. Hay quien pueda sentirse realizada con tal horizonte a la vista, pero no era mi caso, yo me sentía incompleta, a pesar de que no me faltaba de nada: piso pseudopagado, trabajo de lo mío en una revista femenina sin demasiada notoriedad, tres criaturas preciosas, que me daban la vida a la vez que me volvían tarumba, y un marido (que para qué voy a mentir) ya no me atraía ni sexual y menos incluso intelectualmente hablando. No sabía ni por qué, ni en qué momento exacto comencé a detestarlo. Todo lo que hacía me molestaba sobremanera, también lo que dejaba de hacer, hasta su mera presencia a menos de un metro de distancia me sacaba de quicio. Era

un buen hombre, siempre lo había sido, y siempre me había tratado bien, aunque su reciente estado de pasotismo familiar me estaba atacando los nervios. Que no me hiciera caso a mí, tenía un pase, pero que no se lo hiciera a nuestros hijos, me sacaba de mis casillas. Hay un refrán indio que dice que, cuanto más quieres a alguien, más ganas te dan de matarlo. Yo, por lo visto, debía querer a José Luis una cosa bárbara; no había día que no tuviera ganas de estrangularlo con mis propias manos unas quince veces (en sentido figurado, se entiende; mi estado de psicosis todavía no había llegado al extremo de convertirme en una potencial parricida). Y en esa absurda creencia me refugiaba, yo quería... me esforzaba por creer que esa forma de asimilar la vida era lo habitual, que le pasaba a todo el mundo aunque no lo exteriorizaran, o eso es lo que yo quería pensar, que uno se casa con toda la ilusión del mundo pensando que es para siempre, que formará una bonita familia para siempre, que estará seguro y cómodo por siempre jamás en la estrechez de su hogar y, que al final acabas conformándote, porque ¿para qué te vas a quejar, si lo tienes todo, alma de cántaro? Pero yo debía ser una inconformista nata o un cántaro de silueta cubista que no encajaba con nada y, aquello que tenía no me terminaba de llenar el cántaro, algo me faltaba, o tal vez, algo me sobraba o, tal vez, me sobraba todo. No lo sé.

El desayuno fue igual de desastroso que el principio de la mañana, incluyendo varias regurgitaciones de Luis, el pequeño de mis tres hijos, un par de tazas rotas, zumos derramados y un marido haciendo caso inexistente a mi creciente estado de nervios, y ya de paso a que todavía llevaba un desabrido moño apuntalado con una pinza de la ropa y la bata de estar por casa.

—Me tengo que marchar o llegaré tarde —dijo dejando su taza en el fregadero; qué amable y qué poco considerado a la vez. Yo llegaba tarde, gracias a su actitud, casi todos los días.

—¿No puedes esperarte un poco más? Mira cómo estoy —le dije enseñándole mi facha con las manos abiertas como el Cristo Redentor.

—No, no puedo —dijo sin más y le dio un beso a cada niño en la cabeza antes de salir de la cocina como si le hirviese el ojete, olvidándose por completo de que yo también tenía una cabeza, como si yo fuera un jarrón o un mero mueble supletorio de Ikea.

Ese último gesto de desdén de mi marido fue el detonante, de una metafórica patada en el culo me encaló en el limbo, me llevó a un estado tal de cabreo y frustración que ya no me abandonó hasta pasadas unas horas cuando decidí por modus propio escapar de mi anodina vida. La huida más rápida de la historia. Y no fue una de mis típicas huidas, como cuando algunas veces, tras salir de la redacción, me aliaba con algún compañero para tomar una ronda de cañas o, tal vez, hacía algo de tiempo mirando escaparates en la Gran Vía fantaseando con comprar algo, aunque no tuviera nada que comprar.

Y hablando de tiempo, en aquel momento lo llevaba pegado al culo, y no era lo único que llevaba allí pegado. Mi cuerpo no se regulaba de una manera normal, sino todo lo contrario. Hay personas que funcionan como relojes suizos, pues bien, mi maquinaria, o bien era *made in China* y, por tanto, funcionaba de puta pena, o más bien era de origen británico, lo que podría explicar con bastante lógica por qué parecía marchar al contrario del resto del mundo. Era pisar la calle y subirme en el Jeep y, de repente, me daban unas ganas tremendas de soltar a Obama en La Casa Blanca. Había tratado por todos los medios de ajustar mi ritmo intestinal, pero mi psicóloga, que era muy sabia y muy argentina, lo calificaba como «vos, lo que tenés es un estreñimiento crónico afectivo». Menuda boluda, y para boludos mis supercagarros mañaneros (solo les faltaba la capa para volar) y no había habido remedio, casero o no, capaz de solucionar mi jodido estreñimiento crónico afectivo. En

consecuencia, cada mañana, llegaba a mi oficina con el agujijón medio fuera y el nivel de estrés por las nubes. Mi oficina, que con todo su ajetreo, según mi subconsciente, debía ser el mejor lugar para hacer aguas mayores, mucho mejor que mi propia casa, qué triste.

—Venga, hijos míos, por el amor de dios, subid al coche —les pedí a mis pequeños romanceros.

—¿Mami, *porrr* qué tenes el culete eazi de *aprrrretado*? —soltó mi Carlitos que es todo observación.

—Porque es la moda. Anda sube que te ponga el cinturón —dije fingiendo calma, pero la calma estaba saliendo en forma de *roll-on* por mi esfínter.

Mi ruta tenía todas las mañanas dos paradas: una para dejar en el colegio a Carlos y Candela, y otra para dejar a Luis en la escuela infantil que estaba en la otra punta de la ciudad, pero muy próximo a las oficinas de *Belle Spagnole*, la revista para la que trabajaba, qué vaya nombrecito más horterera para una revista femenina, pero el director era un *figlio di puttana* de sangre italiana y le pareció de lo más brillante. A mí con que me pagaran a final de mes, por lo demás, me la traía al paio. Con las prisas no me había dado cuenta de que un tontito, por llamarlo de manera fina, me había encajonado y la salida del aparcamiento estaba algo complicada. Y yo, con mi falta de tiempo por llegar, más o menos, puntual a las dos instituciones educativas, tenía que salir sí o sí.

—Agarraos niños —les dije a lo espartano metiendo la marcha atrás—. ¿Listos? —Miré con decisión a los niños por el retrovisor; los tres asintieron agarrados al asiento con sus endebles manitas.

—Mami, miedo —dijo Candela que solo hablaba si era estrictamente necesario.

Pisé el acelerador y el Jeep salió disparado hacia atrás como una bala, empotrando la bola del remolque en el guardabarros del coche aparcado detrás. Del impacto los niños comenzaron a llorar.

—Tranquilos, no es nada —dije para calmarlos, pero no pensaba detenerme, tenía que sacar a toda costa de ahí mi vehículo—. Ahora, agarraos más fuerte.

—*No hay done agarrrrradse, mami* —dijo entre pucherros Carlos. Estaba en lo cierto, los asientos del Jeep no tenían agarraderos para situaciones peligrosas—. *Despegamooooos.*

Y tanto que despegué. El Jeep se convirtió en un Caza F16 con propulsor a fuego y todo. La bola se había incrustado en el guardabarros del Ford Fiesta, arrancándolo ipso facto, y lo arrastraba por el pavimento mientras escapaba del lugar de los hechos a toda velocidad. El rozamiento de la matrícula contra el asfalto hacía saltar chispas detrás como en la fábrica de soldar de *Flash Dance*. Los niños lloraban histéricos y Luis, que le tenía pánico a los fuegos artificiales, se puso a gritar como un loco.

—¡¡Mami, el coche va a essssplotarrrr, vamosss a morir, vamosss a morrrriiiiid!! —Carlos, el más locuaz de los tres y también alarmista, estaba fuera de sí.

Candela empezó a gritar como una posesa ante la idea de morir con solo tres años—. ¡No quiero morir, no quiero morir!

—Tranquilos, niños, no es nada, solo es un guardabarros. —Me giré un momento para tranquilizarlos y, demasiado tarde ya, oí la voz en off de Carlos alertándome:

—¡¡*Maaaaaa-miiiiii, la ssse-ñaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!*

Sí, así es. Sin poder hacer nada por evitarlo, me fui derecha contra una señal de STOP, y no hubo advertencia que me frenara: me subí al bordillo a la galopada, la corneé con fuerza con mi Jeep arrancándola de cuajo del pavimento y, la muy desgraciada, se dejó caer a plomo contra mi luna delantera. Los niños pararon de llorar en seco ante la lluvia de cristalitos que cayó sobre mí. Tras cerciorarme de que no hubiera nadie herido y, con la suerte aún de mi parte al no haber ni un alma despistada por la calle, salí del atolladero sin más dilación y continué mi camino con cara de no

haber roto un plato en mi vida hasta el colegio de los niños. Primera parada.

Las madres, que rondaban por la puerta en sus típicos corrillos de chismorreos varios, me saludaron con gesto extraño al ver el lamentable estado del coche y mi no menos lamentable peinado adornado con estrás. Con cuatro besos rápidos y dos abrazos efusivos mandé a mis dos mayores para adentro y, sin hacer ningún caso de los comentarios guasones que pude escuchar, tipo «Debe ser la nueva moda en Pijilandia» o «Ya es Navidad en Carabanchel», me marché pitando con rumbo a la escuela infantil de Luis. Segunda parada.

Llegaba unos quince minutos tarde al trabajo, y todavía tenía que dejar el coche en un Carglass para que me repusieran el parabrisas lo antes posible. El GPS me llevó al más cercano del barrio y, por suerte, encontré un aparcamiento a la primera. Dejé el coche tan alejado de la acera que podrían haber emplazado un Boeing 787 y una azafata para recibirme en las baldosas deseándome un buen día mientras me entregaba un periódico con una sonrisa blanca. Soy lo peor aparcando y más si voy con el tiempo justo.

—Buenas, señora, soy Joseba de Carglass, ¿en qué puedo ayudarle? —me dijo un empleado uniformado.

—Buenos días. Verá, he tenido un percance y he roto la luna delantera.

—Dígame, ¿dónde está el vehículo? —Joseba seguía con su tono amable.

—Es ese Jeep rojo de allí —le señalé mi destrozado 4 x 4.

—¿El que está en medio de la calle?

—Sí, el mismo. ¿Cuándo cree que estará la luna reparada?

—¿Qué luna, si no hay luna? —De pronto Joseba se había transformado en el del anuncio de Media Markt «porque yo no soy tonto».

—Sí que la hay, solo que está esparcida por el interior y en mi pelo —le rebatí muy digna, a mí tonterías las justas: no tenía el moño *pa* topillos—. En sus anuncios aseguran que las reparan en pocos minutos.

—Los impactos de luna, no las lunas inexistentes y destrozadas completamente. —Su tono se había agriado un poquito.

—Pues lo necesito cuanto antes y además llego tarde al trabajo.

—Señora, la luna nueva hay que pedirla y luego montarla, y eso es mínimo tres días. Si quiere, un compañero la acercará a su trabajo con el coche de cortesía por un precio adicional de diez euros.

—Llamaré a mi marido, espere un segundo.

No me quedaba otra que llamar a José Luis y consultarle qué hacer y, además, pedirle que por favor me recogiera; me negaba a ir en un coche publicitario con un desconocido hasta la oficina.

—José Luis, escucha, he tenido un pequeño percance con la luna... ¿Qué dices de la Luna? Esa no, la del coche... Sí, estamos todos bien, los niños ya están en el cole... Qué sí, joder, está todo controlado. ¿Quieres hacer el favor de escuchar y callarte?... ¿Podrías venir a recogerme al Carglass de la calle Tucán?... Yo también tengo una reunión importante... No, no lo entiendo, estoy hasta el madroño de tener que hacerlo yo todo... No soy estúpida... ¿No puedes ni atenderme un segundo?... ¿José Luis?... ¿José Luis?

Nada. Me quedé hablándole al aire con cara de estupor. El muy insensible me había colgado y yo había quedado como una histérica ante la atenta mirada de Joseba de Carglass.

—Entonces, señora, ¿le digo a Pepe que la acerque? —me ofreció apiadándose de mí.

—De acuerdo —acepté de mala gana.

—Deme las llaves de su vehículo y, mientras hacemos las gestiones, le diré a Pepe que lo vaya entrando.

—¿Gestiones de qué? No tengo tiempo para gestiones.

—Señora, es el procedimiento habitual, tengo que anotar sus datos para hacerle el presupuesto y ordenar el pedido —me explicó con voz pausada como si yo fuera idiota.

—¿No podemos hacerlo por teléfono? —le pregunté entregándole las llaves de mi Jeep.

Negó con la cabeza con un solo movimiento rotundo.

—Se lo pido por favor, llego muy tarde ya. Estaría dispuesta a pagar diez euros más por el favor —dije, abriendo el monedero y enseñándole un billete.

Se encogió de hombros, miró a los lados cerciorándose que no hubiera moros en la costa y se me acercó un poco para aceptar el soborno.

—De acuerdo —contestó bajando la voz y luego gritó —: ¡¡Pepe, sal, y tráete las llaves del *Pichi*!!

Sorda, me había dejado sorda, qué desgraciado el Joseba.

Un jovenzuelo (a mi edad cualquier varón por debajo de los treinta entraba de cabeza en esa categoría) apareció por la puerta y con un andar muy grácil vino hacia nosotros haciendo girar las llaves como un molinillo con la mano.

—Tienes que llevar a la señora a la dirección que ella te diga —le ordenó Joseba.

—Okey McKey —respondió Pepe de muy buen humor —. ¿Me acompaña, señora?

Asentí y eché a andar tras él hasta un Smart aparcado en la acera de enfrente. Cuando estaba a punto de subir, Joseba me llamó con un grito:

—¡¡Señora, se olvida de algo!!

Lo miré, pensando en qué podría ser: ¿el bolso? No, bolso aquí. ¿El móvil? No, móvil en el bolso ¿El almuerzo? No, hoy no tocaba almuerzo... ¿Qué?

—¿Va a venir o se lo llevo yo? —preguntó Joseba impacientándose al ver que yo no me movía.

—¿Qué es? Lo mismo no me hace falta.

—Falta, falta... no sé yo si le hará falta, pero seguro que luego le echará de menos si no se lo lleva — respondió y se echó a reír.

—Tráigamelo —dije sin darle más vueltas a qué podría ser.

Joseba abrió la puerta de atrás y se entretuvo un rato haciendo algo, cuando volvió a sacar la cabeza, otra cabezita más pequeña, y que en seguida reconocí como la de mi Luis, apareció a su lado.

—¡Ay, Dios mío! —sollocé corriendo en su busca. ¿Cómo se me había podido olvidar mi pequeño? Pero ¿qué clase de mala madre era yo? Así de desquiciada estaba, que ya ni me acordaba de mi retoño y me lo iba dejando olvidado por ahí.

—Tranquila —dijo Joseba entregándomelo con cuidado —, está dormidito, no se ha enterado de nada.

—Gracias, gracias —le dije bombardeándolo con un puñado de besos en las mejillas.

—Señora, señora, por favor... déjelo estar, que no ha sido nada —Joseba me apartó un tanto incómodo por mi expresivo ataque emotivo; le había llenado la cara de babas y lágrimas.

Con todo, llegué una hora tarde a la redacción, en un coche serigrafiado y con el tal Pepe, que me habló todo el camino de cosas insustanciales como peinados modernos y barbas castrenses. Yo mientras estaba que trinaba, me iba cagando en la puta vida de José Luis y, además, también lo estaba haciendo con la primera acepción del diccionario de la palabra «Cagar». Una hora y media apretando mi orondo culamen intentando no liberar a Willy. Mi suelo pélvico debería de estarme de lo más agradecido.
